

El Dios del Inca

«Vuestro Dios, según dices, fué condenado á muerte por los mismos hombres á quienes había creado; pero el mío, añadió señalando á su deidad que entonces brillaba sobre las montañas, el mío vive aún en los cielos y desde allí vela por sus hijos.»

Atahualpa á Fray Valverde,
ante Pizarro

Y díjole Pizarro: “Destrona esas deidades”
al cacique Atahualpa, monarca del Perú;
“echa á tierra los ídolos de aquezas heredades,
esos dioses no tienen ni poder ni virtud”

“Nuestro Dios es eterno, omnipotente y grande,
cuando lo inflama la ira, la tormenta es su voz;
para su plinto es baja la magnitud del Ande,
en el Calvario un día por nosotros murió.”

Centellaron los ojos del indígena noble,
señor de las grandezas del indio de Yucay;
irguió su joven torso, como si fué un roble,
y contestó á Pizarro con grave claridad:

“Mi Dios jamás ha muerto y no lo ciega la ira”
y el monarca del Cuzco su diestra levantó,
“contéplalo”—le dijo—“desde el cenit nos mira”
y en su bajel pasaba por el cenit el Sol.

“Desciende hasta las Pampas y va á la cordillera
y viaja sobre el lomo del céfiro ó del mar:
desata en el espacio su tibia cabellera,
desde su imperio un día envió á Manco-Capac.

El baja de sus campos en flamas ó en estuvios
y pone en mis palacios banderas de rubí;
él dora las gramíneas y los penachos rubios
de la palmera tórrida y el cuarzo del maíz.

Cuarenta y dos caciques rendímonle homenajes
se le ofrendaron vírgenes é inciensos de nopal,
los sumos sacerdotes, ornados con tatuajes,
alzáronle epinicios, en pie, bajo el palmar.

El vió desde su altura al inca y al azteca
loarlo en són de gracias allá en la plantación,
y el gesto de la momia de piel rugosa y seca
burlándose del tiempo y el tiempo en su labor."

Un beso de topacio acarició la tierra
en tanto que el cacique mostraba su altivez;
doráronse las cumbres y el flanco de la sierra,
las nieves del Pichincha y el Popocatepetl.

Agitaron sus palmas las colombinas zonas
y nunca fué tan diáfano el domo de zafir;
detúvose en su lecho el túrgido Amazonas
y el Niágara del Norte habló al Mississipí:

"Doremos nuestras crines para salvar el monte,
para cruzar el llano, para llegar al mar,
con esa lumbre de ámbar que argenta el horizonte
y se desgrana en gemas encima del gramal."

Y continuó su marcha en su radioso carro
el Júpiter del Inca por el imperio azul;
y por su faz adusta pasar sintió Pizarro
el ala de jacinto de un águila de luz.

Lisimaco Chavarria

